

ADAGIO (Relato)

Penetró por esa pequeña abertura, cerca del techo.

Desde el ángulo que su cuerpo ocupaba en el rincón, percibió el zumbido típico del moscardón del estío mucho antes de verlo volar en el aire.

Entonces, por un placer sensual que le acosó de repente, no abrió los ojos.

Dejó vagar su pensamiento con la pereza con que los hombres sin ocupación definida lo hacen.

Recordó las tardes blancas de otros veranos, cuando la luz se adueñaba de las cosas y su invasión se soportaba porque sus fueros regían solamente hasta el fin del día.

Por encima de esa lluvia de fotones que las turbulencias solares repetían despiadadas, bajo esa cortina ineludible sin asilo, superando ese poder resplandeciente que todo aquieta y paraliza, el zumbido del moscardón prevalecía con porfía impertinente.

Pesado, gravativo, como miles de toneladas de impaciencia.

Una bofetada que la vida asestaba en el rostro del sol.

Como una manera de advertirle.

De decirle, hasta aquí !, que encomendaba a su negro mensajero.

Abrió los ojos para disfrutar con plenitud del privilegio.

Los haces luminosos que permitía pasar la estrecha abertura y de cuyos dardos flamígeros el hombre escurriera su cuerpo en el rincón, eran como un spot de escenario para que el artista hiciera gala de su arte frente al público.

Entonces el estro obstinado, que no conoce la fatiga ni el reposo, empezó sus vuelos lentos y concéntricos circundando el espacio.

Las espirales prolongadas, las vueltas en ocho, parecían estrechar la atmósfera, como la araña lía la presa cautiva con el hilo interminable de sus madejas de tela.

Y la luz -él la veía- parecía intentar esquivar el enlace permanente de esas alas.

En un momento dado, un crescendo del drama, el cono de luz pareció aquietarse.

Así le pareció.

La luz, que sabe -se dijo- , ha renunciado a defenderse.

Las alas de cristal y nervadura no encuentran resistencia.

Son tan leves...

Y entonces el romance se reanudó.

Con amor dominante y en acordes de tono menor el insecto prosiguió imperturbable la envoltura de esa momia de espacio rutilante con un traje de novia transparente.

Recién entonces, desde su esquina, él miró al animal directamente prescindiendo de sus evoluciones.

El cuerpo era solo un brillo de metal azulverdoso fascinante.

Los ojos -memorizó esos ojos- un complejo de prismas que descomponen los colores y en su hipersensibilidad prodigiosa reciben las imágenes multiplicadas que lo hacen capaz de adivinar el movimiento de las cosas y porque no?, predecir los eventos que protagonizará lo que se mueve.

No había nada tan hermoso.

Se olvidó de la entraña del bicho, de su necesidad de posarse en carroña.

De las veces que su rollo de diario aplastara ese cuerpo contra un vidrio.

Qué importaba todo eso !

Dejó de pensar.

Así como el moscardón tampoco piensa : zumba verdeazulado deslizando por pendientes invisibles.

Esa maravilla tenía además la condición de ser único en el ámbito desértico que limitaban las paredes y recorría su pensamiento.

Volvió a reanudarse la sinfonía entre el estro radiante que volaba y el silencioso admirador del rincón de esos cuatro muros.

El hombre estimaba esa belleza, esa perfección, pero en mayor abundancia reconocía la virtud que el moscardón poseía y él había perdido.

Un arco evolutivo inesperado se lleva las alas a través del ventanuco.

Sintió que la música alcanzaba el final majestuoso a que pareciera haber estado predestinada.

Aún escuchaba el sonido, pero extrañó el azul refulgente.

Para poder mirarlo todavía un tiempo se trepó a la tronera de la celda y colgado de los dos pequeños barrotes consiguió prolongar hasta el filo de sus fuerzas la visión de los giros del insecto prodigioso bajo el claror calcinante de afuera.

EAG